

El cuerpo fantástico

BIBLIOTECA CIENTÍFICA DEL CIUDADANO

Una serie de Grano de Sal dirigida por Omar López Cruz (Instituto Nacional de Astrofísica, Óptica y Electrónica) y Lamán Carranza Ramírez

- ▶ *Energía para futuros presidentes. La ciencia detrás de lo que dicen las noticias*, de Richard A. Muller
- ▶ *Conciencia del tiempo. Por qué pensar como geólogos puede ayudarnos a salvar el planeta*, de Marcia Bjornerud
- ▶ *Predecir lo impredecible. ¿Puede la ciencia pronosticar los sismos?*, de Susan E. Hough
- ▶ *En pie. Las claves ocultas de la ingeniería*, de Roma Agrawal
- ▶ *Vaquita marina. Ciencia, política y crimen organizado en el golfo de California*, de Brooke Bessesen
- ▶ *El arte de la lógica (en un mundo ilógico)*, de Eugenia Cheng
- ▶ *La máquina genética. La carrera por descifrar los secretos del ribosoma*, de Venki Ramakrishnan
- ▶ *Travesía por los mares del cosmos. Nuestro hogar en el universo: Laniakea*, de Hélène Courtois
- ▶ *Más allá del cuerpo. Ensayos en torno a la corporalidad*, de Francisco González Crussi
- ▶ *Combatir la pobreza. Herramientas experimentales para enfrentarla*, de Esther Duflo
- ▶ *Cómo ganar el premio Nobel. Una guía para principiantes*, de Peter Doherty
- ▶ *Y sin embargo te mueve. Deleitar, conmover y persuadir con la ciencia*, de Sergio de Régules
- ▶ *Antropología del cerebro. Conciencia, cultura y libre albedrío*, de Roger Bartra

El cuerpo fantástico

FRANCISCO GONZÁLEZ CRUSSÍ

Prólogo de John Banville

Traducción de
Andrés Zetina y Andrea Vélez



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

GS[●]

Título original: *The Body Fantastic*, The MIT Press
© 2021, Massachusetts Institute of Technology
255 Main Street, 9th Floor, Cambridge, MA, 02142

Primera edición, 2024

Diseño de portada: Estudio Ahuehuete
Ilustración de portada: Elena Dijour/Alamy Stock Photo

D. R. © Universidad Veracruzana
Dirección Editorial
Nogueira 7, Centro, 91000, Xalapa, Veracruz, México
Tel/fax: 228 818 5980; 228 818 1388
direccioneditorial@uv.mx
www.uv.mx/editorial

D. R. © 2024, Libros Grano de Sal, SA de CV
Av. Río San Joaquín, edif. 12-B, int. 104, Lomas de Sotelo,
11200, Miguel Hidalgo, Ciudad de México, México
contacto@granodesal.com | www.granodesal.com
✉ GranodeSal 📘 LibrosGranodeSal © grano.de.sal

Todos los derechos reservados. Se prohíben la reproducción
y la transmisión total o parcial de esta obra, de cualquier
manera y por cualquier medio, electrónico o mecánico
—entre ellos la fotocopia, la grabación o cualquier otro
sistema de almacenamiento y recuperación—, sin la
autorización por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-8969-90-6 (Universidad Veracruzana)
ISBN 978-607-26614-0-0 (Grano de Sal)

Impreso en México • *Printed in Mexico*

Presentación

Los objetivos con los que, en 2019, se creó la Biblioteca Científica del Ciudadano (BCC) siguen vigentes y quizá, dado el gran avance tecnológico y la expansión del conocimiento durante el primer cuarto del siglo XXI, son más urgentes que nunca. Uno de esos propósitos fue presentar el pensamiento científico de grandes investigadores y divulgadores para promover el entendimiento público de la ciencia, con el fin de ayudar a los ciudadanos en la toma de decisiones. Otro fue proponer un espacio común para establecer el diálogo entre científicos y políticos, para lo cual hemos puesto mucho esmero en las traducciones, que han sido editadas y revisadas por expertos mexicanos.

La BCC quiso llenar un vacío en la divulgación de la ciencia en México e Iberoamérica. No se trata de divulgar por divulgar, sino de atender inquietudes e interrogantes de los ciudadanos. Los temas que la BCC ha cubierto van desde la predicción de terremotos hasta la posición que ocupamos en la vecindad cósmica delimitada por la gigantesca asociación de galaxias nombrada Laniakea —que en hawaiano significa “horizonte celeste inmenso”—, pasando por el descubrimiento de la estructura del ribosoma, ese manual de instrucciones para la reproducción de las células. También la BCC ha puesto interés en el análisis de las ideas más actuales para el combate a la pobreza y al cambio climático, o sobre cómo mantener un edificio en pie o cómo usar la lógica matemática para pensar mejor en la vida cotidiana. Uno de los títulos que ha causado más impacto aborda el reto de la supervivencia de la vaquita marina, el único cetáceo endémico de México, hoy al borde de la extinción. A la colección han llegado cinco ganadores del premio Nobel: George Smoot (Física, 2006), Venki Ramakrishnan (Química, 2009), Peter Doherty (Medicina, 1976), Esther Duflo (Economía, 2019) y próximamente James Peebles (Física, 2019).

Refrendamos nuestra fe en la palabra impresa, ese infinito en un junco que Irene Vallejo nos enseñó a ver. La ciencia es la vela cuya flama temblorosa, como expresó Carl Sagan, ilumina la os-

curidad. Gracias a ella sabemos que los seres humanos aprendimos a leer hace apenas hace cinco mil años, pero no adquirimos esa habilidad de la noche a la mañana: el cerebro tuvo que hacer ajustes casi milagrosos para asociar regiones que procesan información visual con otras especializadas en el reconocimiento de patrones, la comprensión y la memoria. Con libros seductores, a veces desconcertantes, siempre motivadores, la BCC pretende ayudar a descubrir las grandes estructuras del universo —el que habitamos y el que llevamos dentro— para descubrirnos a nosotros mismos y ayudarnos a vivir mejor.

OMAR LÓPEZ-CRUZ y LAMÁN CARRANZA
Directores de la Biblioteca Científica del Ciudadano

Prólogo

JOHN BANVILLE

Son numerosos los aspectos del carácter y el pensamiento por los que se puede elogiar a René Descartes, entre ellos su conocida predilección por las mujeres bizcas; sin embargo, sus afirmaciones sobre la dualidad y sobre el debate mente-cuerpo han sido nada menos que catastróficas para la humanidad. ¿Cómo podríamos darle su justo mérito a esta envoltura de piel en la que estamos encerrados si no es más que un autómatas, una elaborada figura de cera, muerta en sí misma y controlada sólo por los cables invisibles de la mente, como enseñaba el sabio Descartes?

En la tradición religioso-filosófica occidental, Platón y san Pablo, por mencionar sólo a dos de los más influyentes aborrecedores de la piel, ya habían hecho mucho para hacer que el cuerpo terrenal pareciera un apéndice trivial, molesto e incluso repugnante del alma divina: una broma pesada de Dios a las criaturas que, según nos dicen los sacerdotes, modeló a su imagen y semejanza.

Lo cierto es que, dado que el cristianismo rechaza lo meramente físico, cabe preguntarse por qué en la segunda venida de Jesucristo resulta necesario que regresemos a la corporeidad. Seguro que los ángeles esconderían sus risitas, cubriéndose el rostro con las manos, mientras que nosotros, en nuestros cuerpos recién reconstituidos, pulularíamos confundidos en ese paraíso posterior a la resurrección, indefensos entre los trillones de nuestros semejantes y tan apretujados como pasajeros en un vagón de tren en hora pico, sólo que este viaje sería infinitamente largo y sin destino alguno.

Nietzsche hizo todo lo posible por restaurar la reputación del cuerpo, insistiendo siempre en su equidad dentro de la ecuación mente-cuerpo. En su Zarathustra dice: “Hay más razón en tu cuerpo que en tu mejor sabiduría” y, ya entrado en materia, sugiere que “en otro tiempo el alma miraba al cuerpo con desprecio, y ese des-

precio era entonces lo más alto: el alma quería el cuerpo flaco, feo, famélico. Así pensaba escabullirse del cuerpo y de la tierra.”

Y recordemos al reverendo Sydney Smyth, ese sacerdote y filósofo encantador, irreprimible, sabio, ingenioso y pícaro, que en un sermón instó a su congregación a tener siempre presente el hecho de que, como Dios es omnipresente, habita no sólo en el alma, sino también en aquella parte sobre la cual hombres y mujeres han de sentarse. Ésta, podríamos decir, es una verdad fundamental.

Francisco González Crussí es un defensor del cuerpo en todas sus manifestaciones, tanto prosaicas como misteriosas. Ha dedicado su vida adulta a estudiarlo como patólogo y como académico, pero también, ya avanzada su carrera, como escritor. Además es un anticuario y un lector omnívoro. Como prueba de su erudición, basta con echar un vistazo a las notas y las fuentes consultadas en este libro.

Entre sus precursores figuran el médico y filósofo romano Galeno de Pérgamo; sir Francis Bacon, primer vizconde de St. Albans, uno de los que transformaron la “filosofía natural” de la Antigüedad en lo que ahora conocemos como ciencia y que, según John Aubrey, murió de una neumonía contraída cuando intentaba congelar un pollo rellenándolo de nieve; sir Thomas Browne, erudito y supremo estilista de la prosa, autor de la espléndidamente titulada *Pseudodoxia epidemica*, traducida al español como *Sobre errores vulgares*, entre otras obras notables, y Robert Burton, que buscó curar su espíritu enfermo escribiendo *Anatomía de la melancolía*, una obra extensa de la que produjo no menos de cinco ediciones revisadas y aumentadas a lo largo de su vida. Podríamos citar también como un miembro de la hermandad de los arcanos a un colega y vecino latinoamericano de González Crussí, Jorge Luis Borges.

González Crussí se inspiró en un poeta, de hecho un poeta filósofo, para escribir este libro. Paul Valéry, nos dice, propuso en su ensayo *Reflexiones simples sobre el cuerpo* que habitamos no uno sino cuatro cuerpos. El primero es en el que vivimos nuestras vidas cotidianas; el segundo, el que ven los demás; el tercero, “el cuerpo interior, biológico, compuesto de órganos”, y el cuarto, aunque Valéry sólo esboza esta posibilidad, lo que podría denominarse el cuerpo cuántico, aquel cuya existencia vacilante y liminar se en-

cuentra en el remolino de partículas y probabilidades que, según el científico cuántico, se trata del mundo *real*.

El cuerpo fantástico es un gabinete de curiosidades, un *Wunderkammer* digno del emperador Rodolfo II, que habría sido muy apreciado por sir Thomas Browne pues su *Hydrotaphia*, o *Urne Burial* [Entierro de urna] (“la vida es una llama pura y vivimos por un Sol invisible dentro de nosotros”) no sufre en lo absoluto por el hecho de que las urnas funerarias que son el punto de partida de su maravilloso ensayo no fueran antiguos artefactos romanos, como él creía, sino de origen anglosajón... Como vemos, el impulso de desviarse y divagar con alegría por sendas secundarias, como le encanta hacer a nuestro autor, es contagioso, pero, ¿qué es más aburrido que un camino recto?

El “cuarto cuerpo” de Valéry, como el propio poeta escribe, y como cita González Crussí, no se distingue de la espuma subatómica en la que tiene su ser “ni más ni menos que un remolino se distingue del líquido en que se forma”; González Crussí nos sugiere que se trata de una cosa insustancial, “una entidad etérea sumergida en una atmósfera hecha de historia, simbolismo, mitos, leyendas, cuentos, representaciones mentales, anhelos, temores y esperanzas”. Sin embargo, este manto de retazos que con tanto cuidado nos envuelve y que nos protege con diligencia de los vientos inclementes y las heladas mortales es tan esencial para nosotros como lo es la mente pensante.

El sueño de volar más allá de las redes del cuerpo hacia el reino libre, pulcro y luminoso del ser puro e ilimitado es tan antiguo como Gilgamesh y es la base de todas las religiones. Pero, ¿sería éste en realidad un estado deseable para pasar nuestras vidas? Vivir es estar en el mundo, que es el hogar del cuerpo sin importar que esté abarrotado, destartado y en eterna necesidad de reparaciones. Insistimos en vivir, como escribe maravillosamente Rilke en sus *Elegías de Duino*: “Sino porque el estar aquí significa mucho y porque aparentemente todo lo de aquí nos necesita, estas cosas perdurables que nos incumben de extraña manera.”

González Crussí mide el cuerpo de pies a cabeza, recurriendo a una multitud de testigos tan inquisitivos, abiertos de mente y con intereses tan variados como él mismo. Y hay algunas sorpresas, como Casanova, “un individuo notable”, de “profunda erudi-

ción” y —al lector le sorprenderá saberlo— algo feminista, como González Crussí demuestra con algunos pasajes atinadamente seleccionados de los escritos del sabio veneciano.

También se nos presentan decenas de figuras menos conocidas, todas ellas fascinantes por su colorido. Tan sólo en el primer párrafo de su capítulo sobre el estómago, el autor llama nuestra atención sobre una galería en miniatura de ingleses excéntricos: está Robert Stephen Hawker, sacerdote anglicano cónnico que excomulgó a su gato por cazar ratones los domingos; John *Loco Jack* Mytton, que tenía dos mil perros de mascota y que alguna vez llegó a cenar a casa de un amigo montado en un oso, y al reverendo y doctor William Buckland, teólogo, paleontólogo “y ‘zoófago’ extraordinario” que se hacía llamar “el hombre que comía de todo” y a quien, según se decía, “el arca de Noé [le] parecía un menú de restaurante”.

Hay capítulos dedicados al útero —todos, incluso los más sabios, tenían la creencia de que vagaba dentro del cuerpo—, el estómago, la boca y hasta los pies, a menudo ignorados. Es un recorrido maravilloso a lo largo de un fenómeno maravilloso: esta tierna aunque resistente máquina que nos alberga con tanta diligencia durante nuestra estancia en la Tierra y que el doctor González Crussí recorre con orgullo. No sólo celebra el cuerpo extraordinario, sino que canta, junto con Whitman, el cuerpo eléctrico:

Afirmo que estas cosas no sólo son los poemas del cuerpo,
sino también del alma,
Afirmo que son el alma.